



Este capítulo forma parte del libro:

***Trayectorias universitarias (1973–2023)
Experiencias docentes y administrativas
en la Universidad Autónoma de
Aguascalientes***

**Marcela López Arellano
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes

País: México

Año: 2025

Páginas: 244 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-49-5

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAA/978-607-2638-49-5>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/355>

ALGUNOS RECUERDOS DE UN ESTUDIANTE DE MEDICINA EN LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES (1979-1984)

Luis Muñoz Fernández

Introducción

Hacía apenas tres años que había llegado a Aguascalientes con mi familia, proveniente de Sabadell, una ciudad en aquel entonces industrial a escasos treinta kilómetros de Barcelona, en España. Mi primera etapa estudiantil en México la había realizado en el bachillerato del Instituto Aguascalientes, mejor conocido como el Marista, lo que había dado continuidad a mi enseñanza básica en España con los Salesianos. Como la elección de la Escuela de Medicina no es asunto que deba tomarse a la ligera, mis padres habían preguntado cuál sería una buena opción para mí y alguien les dijo que la afamada Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, que entonces, como hoy, es considerada una de las mejores escuelas médicas del país.

Por tanto, inicié los trámites para la inscripción, aunque se me advirtió que tendría pocas posibilidades al no haber cursado mis estudios preparatorios en aquel estado. Poco después me enteré de

que los documentos que había enviado a San Luis Potosí se habían extraviado. La suerte estaba echada, así que acudí con mi padre para entrevistarme con el doctor Alfonso Pérez Romo, que era el rector de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, y me inscribí en la carrera de Medicina. Presenté el examen de admisión y lo aprobé. El día en el que los periódicos de Aguascalientes publicaban la lista de los aspirantes que habían sido admitidos en la universidad recibí una llamada telefónica muy especial, era nuevamente el doctor Pérez Romo para darme la bienvenida a la carrera de Medicina de la UAA. Un nuevo camino se extendió ante mí.

Estudiante de ciencias básicas

La primera etapa del programa de estudios de la carrera de Medicina se concentra en las llamadas “ciencias básicas”, desde la anatomía hasta la farmacología, pasando por numerosas disciplinas científicas, como la bioquímica, la histología, la fisiología, la microbiología, la parasitología, la farmacología y algunas otras más. Son la base científica de la profesión. Creo que, por mis inclinaciones, fue la etapa estudiantil que más disfruté. En general, tuve buenos profesores. Como se verá más adelante, cuando, años después, pude comparar mi nivel en ciencias básicas con el de los egresados de otras universidades, llegué a la conclusión de que era bastante parecido.

Por momentos quise dedicarme a la genética, a la inmunología y a otras ramas del saber científico, pero pronto descubrí la que, a la postre, sería mi vocación definitiva: el estudio de las enfermedades con el microscopio. En el segundo semestre de la carrera tuve la inmensa fortuna de tener como profesor de Histología, que es el estudio de la anatomía con el microscopio, al doctor Luis Manuel Bustos Arango, que pronto se convirtió en mi mentor. Al ver mi interés en la histología y tras obtener buenas calificaciones en su curso, me propuso, desde el siguiente semestre, convertirme en instructor de las prácticas de Histología. Acepté encantado y así pasé a ser el primer instructor-alumno de esta materia en la Universidad

Autónoma de Aguascalientes; con un bono adicional: ya no tuve que pagar colegiatura durante el resto de los semestres.

El doctor Luis Manuel Bustos fue el profesor más influyente que tuve en la universidad y he mantenido con él una relación de profunda amistad que sigue en la actualidad. Después de mis estudios de posgrado, y ya de regreso en Aguascalientes, volvimos a trabajar juntos en la docencia (fui profesor en la UAA durante catorce años) y en la práctica de la anatomía patológica, además de que fundamos, dentro de la universidad, el primer laboratorio de inmunohistoquímica diagnóstica que hubo en Aguascalientes.



Estudiantes de Medicina en el exterior del Hospital Universitario Miguel Hidalgo de la UAA. Fototeca UAA.

Otro profesor que sigo recordando con verdadero cariño fue el doctor Rigoberto Gómez Torres, catedrático de Microbiología e Inmunología. Fue muy generoso conmigo, me permitió acceder a su laboratorio y a su biblioteca personal, y me puso en contacto con una microbióloga de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) cuyo nombre he olvidado, lo que me permitió pasar un mes del verano en su laboratorio en la capital del país. Allí aprendí los rudimentos de la investigación microbiológica y una tarde, tras desangrar puncionando con una

pipeta de vidrio la arteria retiniana de más de cincuenta ratones infectados con *Mycobacterium kansasii*, una bacteria emparentada con el bacilo tuberculoso, comprendí que lo mío no era convertirme en un investigador básico, sino en un médico científico al servicio de los seres humanos enfermos.

Estudiante de disciplinas clínicas y quirúrgicas

A diferencia de las ciencias básicas, la experiencia con las diversas ramas clínicas fue para mí un tanto heterogénea. Tuve profesores en la universidad que me dejaron no sólo enseñanzas de gran utilidad, sino que influyeron en mí en lo relativo a la correcta práctica de la profesión. Los recuerdo también con afecto y agradecimiento. Entre ellos están el doctor Antonio Araiza, médico militar de recio carácter que nos impartió Neumología y nos enseñó muy bien la exploración física del tórax. Como él, hubo otros más que fueron profesores buenos y ejemplares, como el doctor Guillermo Ramírez Valdés, profesor de Dermatología, el doctor Salvador Salazar Gama, profesor de Neurología, el doctor Héctor Urizar, que nos enseñó Endocrinología. En el caso de este último, que es especialista en Medicina Interna y Neumología, recuerdo que se ofreció a enseñarnos Endocrinología porque el profesor que teníamos originalmente asignado no pudo cumplir con sus compromisos docentes y se vio obligado a renunciar.

Tuve otros profesores cuya calidad no fue la que hubiese deseado. Eso sucede en cualquier escuela de Medicina. Más adelante, cuando tuve la oportunidad de conocer grandes profesores fuera de la universidad, comprendí la importancia de estar en contacto con buenos docentes, ya que su influencia en el estudiante de Medicina puede ser determinante para definir su futuro. Estoy convencido de que, de haberlos conocido antes, tal vez yo no me habría especializado en la anatomía patológica.

Cuando realicé mi internado de pregrado en el Hospital General de México de la Secretaría de Salud, entré en contacto

no solamente con médicos internos de la UNAM y de la Escuela de Medicina del Instituto Politécnico Nacional, que constituían la mayoría, sino con otros de diversas escuelas y facultades de Medicina de todo el país, tanto públicas como privadas, con los que hice alguna amistad que, salvo escasas excepciones, duró poco más allá de aquel año de internado. Al compararme en conocimientos y destrezas con todos ellos, llegué a la conclusión de que nuestra Escuela de Medicina estaba al mismo nivel que las demás en lo relativo a las ciencias básicas, pero en algunas de las disciplinas clínicas egresábamos con ciertas desventajas, al no recibir ni las bases teóricas ni el adiestramiento práctico adecuados. No sé si esta conclusión personal y, por lo tanto, anecdótica fue realmente válida en aquel momento y, de serlo, no sé si sea todavía vigente en la actualidad.

Las llamadas “materias de relleno” y algunos casos especiales

En un principio, casi todos los que empezamos a estudiar Medicina lo hacemos con el propósito de ejercer la profesión en el futuro dentro de algunas de las especialidades médicas que existen. Por esa razón, ponemos especial énfasis en el estudio de todo aquello que, suponemos, conduce a ese objetivo, es decir, las disciplinas clínicas y quirúrgicas. Pero en el plan de estudios de la carrera de Medicina hay muchas otras materias que, de entrada, no nos parecen tan importantes, a excepción de las ciencias básicas, pues sabemos que son el fundamento científico de las materias que más nos interesan. Sin embargo, nos topamos con otras asignaturas cuya utilidad no nos resulta de momento tan evidente, son las que llamábamos de manera despectiva “materias de relleno”. En aquel entonces, ignorábamos la enorme importancia formativa de la Psicología, la Sociología, la Historia de la Medicina y otros estudios humanísticos. Pensábamos que nada tenían que ver con lo que estábamos estudiando... ¡qué equivocados estábamos! Todavía no había yo leído las sabias palabras del médico decimonónico español don José de Letamendi: “El

médico que sólo sabe de Medicina, ni de Medicina sabe”. Es ahora, mucho años después, cuando verdaderamente las disfruto, en especial la Historia de la Medicina y la Filosofía.

Un caso particular lo constituían las diversas materias relativas a la salud pública, como, por ejemplo, la Epidemiología, el Saneamiento Ambiental, la Demografía o la Medicina del Trabajo. No nos eran particularmente atractivas, si bien intuíamos que tenían una estrecha relación con nuestra carrera porque, en general, representaban la aplicación de la medicina no a un individuo, sino a poblaciones enteras. Todavía no sabíamos casi nada de la enorme importancia que tienen los determinantes sociales de la salud, y que hoy se valoran tanto, e ignorábamos las relaciones directas de la política, incluyendo la política sanitaria, con la salud de los pueblos y los países. Tampoco había leído entonces aquellas palabras de Rudolf Virchow: “La política no es más que medicina a gran escala”. Una de esas disciplinas merece un comentario aparte: la Medicina Comunitaria, que era fundamentalmente práctica. Se llevaba a lo largo de varios semestres, a partir, si no mal recuerdo, de la segunda mitad de la carrera. Y hubo de todo. Algunos semestres de gran provecho, con profesores conocedores y muy comprometidos que nos enseñaron, sobre el terreno, las enormes carencias de los habitantes de las colonias populares. Maestros que recuerdo con agradecimiento y afecto. Pero hubo algunos otros que, por su poca aplicación e indolencia, nos hicieron perder lastimosamente el tiempo. A éstos los he olvidado ya.

También merece una mención especial la materia de Estadística. Impartida durante los primeros semestres de la carrera, cuando los estudiantes estamos todavía lejos de comprender lo importante que es esta disciplina e ignoramos todo sobre su papel en la investigación científica. Enfrentarnos a ella fue un fracaso. Además, se nos enseñaba como estadística descriptiva, sin vínculos evidentes con la Medicina. En general, nos pareció un enigma indescifrable. Tendrían que pasar varios años, hasta el del servicio social que cursé en el Departamento de Gastroenterología del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán, cuando

tuve la fortuna de tomar, en la Escuela Mexicana de Medicina de la Universidad La Salle, un curso de Bioestadística, impartido por un equipo de expertos del Centro Médico Nacional Siglo XXI del IMSS. Como se dice coloquialmente, “ahí me cayó el veinte” de la gran importancia que tiene la estadística en la evaluación de los resultados de la investigación biomédica. Creo que habría sido más provechoso que nos hubiesen enseñado esa materia en el penúltimo o último semestre de la carrera, cuando ya empezamos a tener un panorama más completo de la profesión.

De los profesores “por contigüidad anatómica”

Para cualquier Escuela de Medicina es difícil contar con un cuerpo de docentes compuesto por especialistas de todas las materias que forman el plan de estudios. En algunos casos, como ya lo comenté en relación con la Endocrinología, tuvimos profesores que no eran especialistas o expertos en la materia. En aquellos años, algunos profesores impartían materias que tenían una relación anatómica con la especialidad que ejercían en su práctica profesional. Tal es el caso de la Nefrología, especialidad médica que se dedica al estudio y tratamiento de las enfermedades del riñón. Lo ideal es que nos la hubiese enseñado un nefrólogo, pero, a falta de tal especialista, nos dio aquella clase un urólogo, cirujano que trata las enfermedades de las vías urinarias, por donde se drena la orina producida por el riñón. Otro ejemplo fue la Hematología, rama de la Medicina especializada en las enfermedades de la sangre, impartida por un angiólogo, cirujano que trata las enfermedades de las arterias y las venas por donde circula la sangre. Sin embargo, debo decir que varios de aquellos profesores, con conocimientos mayores o menores de la asignatura que nos debían impartir, supieron hacerlo con gran provecho para todos nosotros.

El Banco de Sangre Universitario Dr. Rafael Macías Peña

Una iniciativa inédita en todo el país fue la creación y puesta en marcha del Banco de Sangre Universitario Dr. Rafael Macías Peña, dentro de las instalaciones del Hospital Hidalgo, cuando su sede estaba en la calle Galeana del centro de la ciudad de Aguascalientes. Fue fundado y operado por estudiantes de Medicina, con el apoyo de las autoridades universitarias, y pronto constituyó un ejemplo nacional; además, su labor altruista permitió proveer de sangre segura a cientos o miles de pacientes, no sólo del propio hospital, sino de los demás hospitales del estado.



Estudiantes de Medicina en el Banco de Sangre Dr. Rafael Macías Peña, UAA. Fototeca UAA.

Me incorporé como miembro del Banco de Sangre a partir del segundo semestre de la carrera y permanecí en él hasta el fin de mis estudios en la universidad. Tuve el privilegio de coordinar sus labores durante dos años. Aparte del trabajo cotidiano, los miembros viajábamos cada año a los bancos de sangre más importantes de la Ciudad de México para capacitarnos y actualizarnos en las técnicas de preparación y análisis de la sangre. Estas visitas me permitieron ampliar y profundizar mis conocimientos en inmunología, una

disciplina que siempre me ha interesado. Gracias a todo esto, pude desempeñarme sin dificultad cuando, como residente de primer año de medicina interna, tuve que preparar sangre o sus derivados para los pacientes del Departamento de Urgencias del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán.

Una bibliotecaria inolvidable

Aunque hoy en día la necesidad de acudir a las grandes bibliotecas parece ser cada vez menos frecuente, gracias a los medios electrónicos que permiten acceder, con una rapidez y facilidad extraordinarias, a la literatura médica, quiero recordar aquí a una persona que en aquellos años de estudiante estaba al cargo de la Biblioteca del Hospital General de Zona núm. 1 del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) en Aguascalientes. Me refiero a Tere Milonás Boteillo. Acudir a aquella biblioteca y tratar con ella era un privilegio. Su conocimiento de las publicaciones médicas periódicas, allí custodiadas, le facilitaba a uno la búsqueda y consulta de aquellas fuentes. Años después, tuve la fortuna de que estuviese a cargo de la Biblioteca del Centenario Hospital Miguel Hidalgo, en donde desarrollé, a lo largo de treinta años, mi labor como médico patólogo en el sector público.

Una mención especial

Fue durante los años en los que estudié Medicina cuando conocí a la que ha sido mi esposa, con la que llevo casado treinta y tres años. La doctora Lucila Martínez Medina y quien esto suscribe éramos compañeros de carrera y de generación. Por la cercanía alfabética de nuestros apellidos, éramos también compañeros de grupo. Nos separamos físicamente, de manera temporal, cuando ella se quedó en el Hospital General de Zona núm. 1 del IMSS para realizar el internado de pregrado y yo me trasladé a la Ciudad de México para hacerlo

en el Hospital General de México de la Secretaría de Salud. Lo mismo sucedió el año siguiente, ella hizo el servicio social en el Hospital General de Pabellón de Arteaga, mientras yo lo hacía en el Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán.

Después, ella se especializó en Pediatría e Infectología Pediátrica en el Instituto Nacional de Pediatría de la Ciudad de México, mientras yo cursaba un año de Medicina Interna y me especializaba en Anatomía Patológica en el mismo instituto. Al terminar, todavía trabajé allí un año como médico adscrito. Tras regresar a Aguascalientes, hacia finales de 1992, empezamos a trabajar en el Centenario Hospital Miguel Hidalgo, donde permanecemos a lo largo de treinta años, alternando esta labor con la práctica privada de la profesión, para jubilarnos del sector público en noviembre de 2022.

Comentarios finales

Pese a las deficiencias que pudiese haber tenido nuestra Escuela de Medicina, el balance es claramente positivo. El estudiante de Medicina no puede ni debe conformarse con lo que se le imparte en clase, sino buscar siempre la manera de ahondar más en todas las materias que cursa. Debe preguntarse cuáles son los temas más importantes y, si no los aprende en las aulas, buscarlos en la literatura médica; leer con holgura el inglés médico para contar con información actualizada sobre las diferentes ramas del saber de su futura profesión y dominar el arte de obtener la información que le es indispensable.

Éstos son algunos de mis recuerdos, escritos a vuelapluma, de una de las etapas más provechosas y felices de mi vida profesional. Precisamente por eso deben leerse con cierto escepticismo, pues la memoria nos traiciona y nuestra forma de pensar está determinada por tantas variables que sería una temeridad y pecaría de soberbio si pretendiese que corresponden a hechos plenamente objetivos. Justamente por su imperfección, estos recuerdos son especialmente humanos y pueden leerse con la simpatía que nos hermana con todos los hombres y mujeres cuando constatamos la debilidad in-

nata que nos hace caminar por la vida con altibajos. Somos capaces por igual de rozar la grandeza y de caer en el error. Una condición inherente al ser humano es que sólo aprende del pasado, vive en el presente y tiene que intentar adivinar el futuro. Redactar estos recuerdos ha sido una buena forma de recuperar para la memoria algunos de mis aciertos y no pocos de mis yerros.



Salas de atención en el Hospital Universitario Miguel Hidalgo, UAA. Fototeca UAA.

